

# Aburrimiento\*

Diego Valbuena

—Doctor, ¿usted no se aburre?

—Explíquese (frunce el ceño y se acomoda en la silla).

—Sí, aburrirse de hacer lo mismo todos los días. Lo que tenemos que hacer de manera repetida, monótona.

—A mí me gusta limpiar azulejos cada tres días (sonríe).

—Lo sé, pero no hablo de esa repetición. Hablo de su trabajo. ¿No se aburre de las mujeres?

—No me gusta hacia dónde va esto.

—Relájese. Ayer estaba releyendo *Estrella distante* y pensaba que a Bolaño no le gustaban las historias de amor.

—Hay una historia de amor, complicada, pero la hay en su novela 2666. ¿A qué viene su sentimentalismo, Maestro? Usted está viejo para eso.

—Lo sé, lo estoy para todo.

—No me diga que se siente vacío, que quiere una familia y mascotas, que necesita de tres créditos para sentirse vivo. Maestro, su corazón no aguanta tanto.

—No es sentimentalismo, Doctor. Es solo que... ¿Para qué nos llenamos con tanta literatura si al final nuestras vidas siguen siendo las mismas de siempre? ¿O usted cree que su vida es diferente después de un par de premios, publicaciones y lecturas hechas? (Tose).

—¿Usted no, Maestro? No le voy a decir que mi vida ha cambiado radicalmente, ni que ahora lo veo todo “con otros ojos”, mucho menos esas frases de cajón de sus amigos, los Invertebrados...



\*

Cuento invitado de la revista literaria *Voices Journal*, de la universidad ECCI.

—No son mis amigos. . .

— . . . ni mucho menos que ahora soy una mejor persona. Nada de eso. Sus amigos (se sienta en el sillón, acaricia su barbilla, mira hacia otro lado), bueno, sus conocidos, creen que serán recordados, porque eso es lo que quieren. A mí no me interesa nada de eso. A mí la literatura me divierte, me da temas para hablar mierda en nuestros talleres y hasta para conquistar una que otra chica que vale la pena. . .

—¿Chica? Doctor, ¿qué es esto? ¿Una película de los ochenta?

—Una mujer que valga la pena.

—¿Qué vale la pena para usted, Doctor? (Se asoma a la ventana. Llueve).

—Hace una semana conocí a A. No, Maestro, usted no sabe nada de ella, y vea que es diferente de todas las demás. Primero, no está loca ni tiene problemas con el padre. Al contrario, tiene un trabajo normal, es economista, gana muy bien y le gusta salir a bailar los viernes. La conocí en mis clases de natación. Llevaba a Saramago en la mano. Le pregunté si había leído *Manual de pintura y caligrafía* y me dijo que prefería *La balsa de piedra*. A la siguiente semana, le dije que deberíamos vivir juntos, pues ella tampoco tenía relación alguna y estaba aburrida de vivir con su hermano y su madre. De hecho, mañana me voy a ver con ella para comprar los utensilios de la cocina. Personalmente, Maestro, esto vale la pena.

— (Se retira de la ventana. Camina hacia la puerta. No abre) ¡No le creo! ¡Su historia es una puta mentira! Como esta y todas las historias que nos contamos. Eso no sucede en la realidad. El mundo real es una mierda, es indiferente, es un espacio donde nadie habla con nadie, es la indiferencia, es el vacío. Ahora yo le cuento cómo terminé charlando con un zombi. Hace tres días tenía que encontrarme con M. Me subí al Trasmí y en la puerta un zombi enorme de ojos verdes. Se

me queda mirando fijamente y su sonrisa a medio desdentar me pregunta que cuánto llevo con el cabello largo. Me quedé en silencio unos segundos y traté de imaginar todos los escenarios posibles de la situación. Menos mal en ninguno me vi apuñalado. Le dije que dos años. Me contó a medias que él lo había tenido muy largo pero que se lo habían cortado en la cárcel. Parecía recién trasquilado, de ahí supuse que esa historia era reciente. Luego, hizo una digresión sobre el cuidado del cabello y la dedicación, y que uno debería hacer lo que le gusta. Se bajó en San Victorino y me despedí de él diciéndole “juicio!”. Doctor, no sé si esto vale la pena, pero esto es lo que pasa en mi vida. No como sus historias de películas romanticonas. (Camina hacia el comedor. Se sienta).



—Ya entiendo, Maestro. Su problema no es con lo que vale la pena, sino con la verdad. ¿Usted cree que me invento lo que vivo?

—No, y eso me emputa aún más.

—¿Por qué? (Mira atentamente).

—(Gesticula como si fuera a sufrir un ataque) ¡Porque así no es la vida! La vida es patética, es displicente, es monotemática, monocromática, monofónica. La última persona que conocí que valía la pena apenas me dirige la palabra. No sé nada de su vida, no sé qué le gusta leer, no sé si duerme de lado o boca abajo, no sé si prefiere colador de plástico o de metal, no sé si es creyente o atea, no sé si alguna vez se ha depilado el pubis (se queda pensando un momento. Continúa gesticulando), no sé si prefiere las verduras a la carne, no sé si prefiere el cine a la música, no sé si prefiere el dulce a lo amargo. ¡Y la conozco hace dos años! Usted en una semana ya sabe qué piensa A. No me venga a mí con esas historias edificantes, Doctor, no a mí, no a alguien que está cansado de existir, no señor.

—(Sonríe) Maestro, su problema no es conmigo, como siempre. Es con la literatura.



—Explíquese.

—Recuerdo sus primeras historias, las escritas, no las contadas. Eran muy aburridoras, de adolescentes lesbianas que tomaban las armas y terminaban en medio de una balacera por el amor de sus vidas. No, Maestro, eran muy malas historias. Cuando le sugerí que fuera sincero, que lo fuéramos con nuestra escritura, usted tuvo un momento de epifanía en que escribió como poseído y tuvo su mejor momento creativo. Pero ahora usted está es angustiado porque no sabe de qué escribir. Me contó que está leyendo a Rubem Fonseca y a Margarita García Robayo. Siga leyendo, Maestro, y siga encontrándose en la literatura, porque usted lo sabe muy bien pero su jodida memoria es molesta: la literatura no sirve para nada. Piénselo un momento detenidamente. Usted y yo en este momento en este apartamento desordenado por mi trasteo reciente. Yo hablando con A por wasap y usted mirando los cerros orientales. ¿Cree en verdad que este momento merece ser contado? No me responda. Mejor agarre sus cosas y vaya para su casa y lo medita mientras sigue leyendo, Maestro. No todo tiene que ser una historia.